

Un brillo incandescente: CARTA DE OTOÑO de Graciela Gonta. Salta: Gofica Editora, 1997.¹

Por Elisa Moyano

Aunque Lautreamont haya afirmado que los poetas no deben llorar en público, la tristeza, el desasosiego, el desencanto son tan inherentes a la condición humana que hacer de la pena un canto ha sido una ruta de la poesía de todos los tiempos. Y ésta es la andadura de *Carta de Otoño* de Graciela Alicia Gonta. Desolación por el paso de los años, por la muerte del amor o del amado, entre otros muchos motivos de pesadumbre. Dicho de esta manera, el desconuelo que transmiten los poemas parece una desdicha de orden solipsista, mera herida del propio narcisismo, y nada de eso es cierto, se trata de una aflicción que, con ecos vallejianos, abraza en un sólo círculo al yo y a los otros, a las grandes o menudas criaturas del universo entero. Un dolor aparentemente planetario e irresoluble.

Pero si todo fuese yermo, el impacto disfórico sería insoportable para el lector y no es así. La desolación se cura con la belleza de las imágenes. El oro, el cobre de ese otoño brillan incandescentemente en las páginas, la tristeza tiene un sentido y encontramos un camino para salir de ella: la palabra que no decae, que no languidece, que sostiene al sujeto que habla en los poemas y nos sostiene a nosotros lectores ante los embates de la pesadumbre y el abatimiento típicos de una sociedad que no proporciona demasiadas oportunidades para la alegría de quienes vivimos en ella.

Con el poemario de Graciela Gonta, la poesía abandona el tinte narrativo y exteriorista que propugnan ciertas estéticas actuales y retorna a las fuentes, a un lirismo esencial que nos permite conectarnos con la fragilidad del amor, con la inseguridad de la existencia, y al proporcionar la salida de su propia elevación, reconocemos que -a pesar de los alaridos de los débiles que quizá por comodidad se solazan en su propio tormento- las utopías, ese buscar lugar hacia los cuales caminar, son todavía posibles y la poesía es uno de ellos.

Y aunque ese yo dolorido que canta en los poemas no lo crea, aunque hable de la insuperabilidad del silencio, estamos aquí para decirle gracias por ese hilo tenue que nos salva de la inconsistencia y nos sostiene ante la muerte.

Sólo nos queda agradecer a la Ed. Gofica que de manera impecable ha construido la materialidad: el libro que nos permitió transitar sin ruidos por esa red sutil que nos atrapa: el texto de Graciela Gonta. También a Alejandro Ahuerma por otra maravilla: las fotos que ilustran y acompañan inmejorablemente al libro y al texto.

¹ Este texto fue leído en la Casa de Salta en Buenos Aires en un evento organizado por la editora, Cristina Rodríguez Solano el 26/04/97.